



“ Ya no es nadie el que es esclavo”.  
Miguel de Cervantes, “El gallardo español”, jornada tercera

A finales de diciembre de 1568, los moriscos de las Alpujarras se levantaron en armas contra Felipe II. Los sublevados, reunidos en el valle de Lecrín la víspera de Navidad, eligieron como rey a Hernando de Córdoba, quien retomó su nombre musulmán de Aben Humeya. A partir de entonces y durante dos años lucharon contra las tropas reales, pero en octubre de 1570 la guerra había terminado y los moriscos fueron expulsados del reino de Granada. De un total de unos 80.000 moriscos deportados, aproximadamente 50.000 fueron enviados a Castilla y dispersados por sus pueblos y ciudades. Una pequeña parte de ellos recaló en Almadén para trabajar en su mina de azogue.

Los moriscos eran buenos hortelanos, artesanos y comerciantes, pero no resultaron muy apropiados para trabajar en las labores subterráneas, así que los Fugger, banqueros alemanes que por entonces tenían en asiento la explotación minera, intentaron que la Corona enviara más forzados a Almadén. Sus peticiones siempre tropezaron con la oposición del Consejo de Guerra, que tenía dada orden de que todos los forzados eran necesarios para el remo en las galeras del Mediterráneo. Como estos llegaban sentenciados a las minas de azogue por un determinado tiempo, que oscilaba entre dos y diez años, había que renovarlos continuamente, tal y como se explica en este testimonio de los Fugger, fechado en 1643, que se encuentra en el Archivo General de Simancas: “... algunos de los forzados que se han traído para el servicio de la dicha mina han muerto y otros cumplido (su castigo), cuyas personas hacen notable falta y para que se traigan otros en su lugar,...”. A continuación aparecen en dicho testimonio los nombres de 21 forzados, de los cuales 19 habían cumplido su tiempo de condena y abandonado Almadén, y los otros dos habían muerto en la enfermería de la Real Cárcel.

### Los esclavos mineros

Ante la escasez de forzados, los Fugger recurrieron a la compra de esclavos, los cuales, a diferencia de los forzados, venían destinados a las labores mineras de por vida. Cuando los Fugger abandonaron Almadén en 1645, pues sus negocios en España iban de mal en peor, dejaron en la Real Cárcel 47 esclavos. La mayoría de ellos era de origen moro, turco o berberisco, y procedía por lo general de las batallas libradas en el Mediterráneo, en las que habían sido hecho prisioneros por la Armada de Galeras de España. Si eran los enemigos de España los que alcanzaban la victoria, los pobres apresados acababan convertidos en remeros de las galeras turcas o berberiscas, o en esclavos en Constantinopla o Argel. El número de nuestros compatriotas que fue rescatado por los frailes trinitarios y mercedarios desde mediados del siglo XVI a mediados del XVIII fue de unos 15.500, lo que indica que los cautivos fueron muchos más.

Aunque los esclavos estaban relativamente bien alimentados, lo más habitual era que fallecieran a los pocos años de llegar a Almadén, pues su salud se iba minando con el vapor de mercurio, los frecuentes episodios de paludismo y un sinfín de enfermedades que en aquella época no tenían curación posible, como tisis, pulmonía, etc. Pese a que en la Real Cárcel había un médico y un cirujano para atender a los forzados y esclavos enfermos, los datos de los

PASA A PÁGINA 12